

Las plumas de sus galas
 Mas sirven de traspies, que no de alas:
 Con la presencia esclarecida engaña,
 Pues su lumbre enemiga
 Es de fuego, que ardiente la castiga,
 No de luz, que gloriosa la acompaña,
 Es un cielo mentido
 A las inadvertencias del sentido;
 Y aunque de estrellas coronada viene,
 Las que ella derribò son las que tiene,
 Està en el Reyno de la paz eterno
 Con maquinas de viento, con escalas,
 Fue el primer tropezon de plumas, y alas,
 Primera fundadora del infierno.
 En ella resvalaron
 Los que por mas dolor mejor volaron:
 Y à fuerza de trayciones,
 De los rayos del Sol hizo carbones.
 Es tan aleve, y dura esta señora
 Con los mas confiados,
 Que quien por dominar grandes estados
 Una vez la creyò, siempre la llora.
 Quantos subió à la cumbre
 Ciegos, y no guiados de su lumbre,
 Cayendo conocieron,
 Que à padecer, y no à gozar subieron.
 Suben favorecidos, y engañados,
 Y buelven à baxar ajuficiados:

Delante sube amiga mal segura
 Con cautelosas plantas,
 Y en llegando sus braços al altura,
 Son lazo, y son cuchillo à las gargantas.
 Y con tanta desdicha, y tanta afrenta,
 Donde se disfamò tanto tirano,
 No sin mengua, y dolor del feso humano,
 Escandaliza, pero no escarmienta.
 Està en los presumidos chapiteles,
 Menos ricos, que vanos con doseles,
 Y en los montes osados,
 De pinos, y altas hayas coronados,
 Sale, por ostentar su desatino,
 A recibir los rayos al camino:
 Tan alta piensa que es, tan ancha, y grave,
 Que ella se alaba de que en Dios no cabe:
 Vosotros, ambiciosos pretendores,
 Vulgo de la ignorancia, y del engaño,
 Sedientos de la muerte todo el año,
 Polvo, ruido, y afan de los señores,
 Con que esperança ciega, y porfiada
 No dais credito à tantos escarmientos?
 Porque no recatais los pensamientos
 De fiera hasta en los Angeles cevada?
 Disponed medios à mejores fines,
 Dad credito à tan altos testimonios,
 Que quien hizo de Arcangeles demonios,
 Mal harà de demonios Serafines.

S I L V A S E G U N D A.

El Sueño.

Con que culpa tan grave,
 Sueño blando, y suave,
 Pude en largo destierro merecerte;
 Que se aparte de mi tu olvido manso?
 Pues no te busco yo, por ser descanso,
 Sino por muda imagen de la muerte.
 Cuidadosos veladores
 Hazen inobedientes mis dos ojos

A la ley de las horas:
 No han podido vencer à mis dolores
 Las noches, ni dar paz à mis enojos.
 Madrugan mas en mi, que en las Auras
 Lagrimas à este llano,
 Que amanece à mi mal siempre temprano;
 Y tanto, que persuade la tristeza
 A mis dos ojos, que nacieron antes

Para

Para llorar, que para verte sueño,
 De sosiego los tienes ignorantes,
 De tal manera, que al morir el día
 Con luz enferma, vi que permitia
 El Sol, que le mirassen en Poniente.
 Con pies torpes al punto ciega, y fria,
 Cayò de las estrellas blandamente
 La noche tras las pardas sombras mudas,
 Que el sueño persuadieron à la gente.
 Elcondieron las galas à los prados,
 Estas laderas, y sus peñas soias
 Duermen ya entre sus montes recostados
 Los mares, y las olas,
 Si con algun acento
 Offenden las orejas,
 Es, que entre sueños dan al Cielo queexas
 Del yerto lecho, y duro acogimiento,
 Que blandos hallan en los cerros duros,
 Los arroyuelos puros
 Se adormecen al son de el llanto mio,
 Y à su modo tambien se duerme el rio.
 Con sosiego agradable
 Se dexan poseer de ti las flores;
 Mudos estàn los males,
 No ay cuidado que hable,
 Falta lenguas, y voz à los dolores,
 Y en todos los mortales
 Yaze la vida embuelta en alto olvido.
 Tan solo mi gemido
 Pierde el respeto à tu silencio santo:
 Yo tu quietud molesto con mi llanto,
 Y te defacredito
 El nombre de callado con mi grito.
 Dame, cortès mancocho, algun reposo,
 No seas digno de el nombre de avariento,
 En el mas desdichado, y firme amante,
 Que lo merece ser por dueño hermoso.
 Debate alguna pausa mi tormento
 Gozante en las cabañas,

Y debaxo de el cielo
 Los asperos villanos:
 Hallate en el rigor de los pantanos,
 Y encuentrate en las nieves, y en el yelo
 El soldado valiente;
 Y yo no puedo hallarte, aunque lo intente
 Entre mi pensamiento, y mi deseo.
 Ya pues, con dolor creo,
 Que eres mas riguroso, que la tierra,
 Mas duro que la roca,
 Pues te alcanza el soldado embuelto en guerra,
 Y en ella mi alma
 Por jamàs te toca.
 Mira que es gran rigor, dame si quiera,
 Lo que de ti desprecia tanto avaro,
 Por el oro en que alegre considera,
 Hasta que dà la buelta el tiempo claro.
 Lo que avia de dormir en blando lecho,
 Y dà el enamorado à su señora,
 Y à ti se devia de derecho.
 Dame lo que desprecia de ti agora
 Por robar el ladron: lo que desecha
 El que invidiosos zelos tuvo, y llora.
 Quede en parte mi quexa satisfecha,
 Tocame con el cuento de tu vara,
 Oyràn si quisiera el ruido de tus plumas
 Mis desventuras sumas,
 Que yo no quiero verte cara à cara,
 Ni que hagas mas caso
 De mi, que hasta passar por mi de passo;
 O que à tu sombra negra por lo menos,
 Si fueres à otra parte peregrino,
 Se le haga camino
 Por estos ojos de sosiego ajenos.
 Quitame blando sueño este desvelo,
 O de el alguna parte,
 Y te prometo, mientras viere el cielo,
 De desvelarme solo en celebrarte.

CALIOPÉ,

SILVA TERCERA.

La mina de oro contra la codicia.

D iste crédito à un pino,
 A quien del ocio rudo avara mano
 Truxo de el monte al agua peregrino,
 O Loiba ciego, de tu paz tirano
 Viste, amigo, tu vida
 Por la codicia à tanto mar vendida,
 Arrojote violento
 Adonde quiso el alvedrio del viento.
 Que condicion del Euro, y Noto ignoras?
 Que mudanças no sabes de las horas?
 Vives, y no sè bien si despreciado
 Del agua, ò perdonado,
 Quantas vezes los monstros que el mar cier-
 ra,
 Y tuviste en la tierra
 Por sustento, en la nave mal segura,
 Los llegaste à temer por sepultura?
 Que tierra tan estraña
 No te forçò à besar de el mar la saña?
 Qual Alarbe, qual Scitha, Turco, ò Moro,
 Quando al agua, y al viento obedecias,
 Por señor no temias?
 Mucho te deve el oro,
 Si despues que saliste
 Pobre reliquia de naufragio triste,
 En vez de descansar de el mar seguro,
 A tu codicia hidropica obediente
 Con villano azadon en cerro duro
 Sangras las venas al metal luziente;
 Porque permites, que trabajo infame
 Sudor tuyo derrame?
 Dexa officio bestial, que inclina al suelo
 Ojos nacidos para ver el cielo.
 Que fatigas la tierra?
 Dexa en paz los secretos de esta sierra.
 Que te han hecho, mortal, destas montañas
 Las escondidas, y asperas entrañas,
 A quien defiende apenas negra hondura?
 Mira, que à un tiempo mismo estàs abriendo
 Al metal puerta, à ti la sepultura.
 Piensa, y es un engaño vergonçoso,

Que le hurtas riqueza al duro suelo;
 Oro le llamas, y es dulce desvelo,
 Es peligro precioso.
 Rubia tierra, pobreça acreditada,
 Y ponçoña dorada;
 Ay, no llesves contigo
 Metal de la quietud siempre enemigo;
 Pues la naturaleza, viendo que era
 Tan contrario à la santa paz primera,
 Por dañoso, y contrario à quien le estima,
 Y por mas escondernos sus lugares,
 Los montes le echò encima,
 Sus caminos borrò con altos mares.
 Doy, que à tu patria buelvas al instante,
 Que el Occidente dexas saqueado,
 Y que el mar fofsegado
 Con amigo semblante
 Debaxo de el precioso peso gima,
 Quando sus fuerças liquidas oprima.
 La sobervia, y el peso de el dinero
 Doy que te sirva el viento lisonjero
 Si su furor recelas:
 Doy, que respeta el cañamo à tus velas;
 Y si temes del mar el desconcierto,
 (Bien que imposible sea)
 Doy, que te sale à recibir al puerto,
 Si pobre casa tienes, que te vea
 Rico; dime si à caso
 En tus montones de oro
 Tropearà la muerte, ò tendrá el passo,
 O añadirà à tu vida tu tesoro,
 Un año, un mes, un dia, un hora, un punto?
 No lo podrà hazer, ni el mundo junto:
 Esto, pues, si no puede, à que esperança
 Truecas segura paz en tal tardança?
 Dexa, no cabes mas el metal fiero,
 Vè que facas consuelo à tu heredero,
 Y que juntas tesoro, si se advierte,
 Para comprar deseos de tu muerte.
 En cada grano facas dos millones
 De embidiosos, cuidados, y ladrones;
 Sacas,

Sacas, ay! un tirano de tu sueño,
Y un polvo que despues serà tu dueño.
Dexale, ò Loiba, si es que te aconsejas

S I L V A Q U A R T A .

Roma antigua, y moderna.

ESta que miras grande Roma agora
Huesped, fue yerva un tiempo, fue
collado,

Primero apacentò pobre ganado,
Yà del mundo la vès Reyna, y Señora.
Fueron en estos Atrios Lamia, y Flora,
De unos admiracion, de otros cuidado,
Y la que pobre Dios tuvo en el prado,
Deidad preciosa en alto templo adora.
Jove tronò sobre desnuda peña,
Donde se vèn subir los chapiteles.
A sacarle los rayos de la mano;
Lo que primero fue, rica desdèña,
Senado rudò, que vistieron pieles,
Dà ley al mundo, y peso al Oceano.
Quando nació la dieron
Muro un arado, Reyes una loba,
Y no defeonocieron
La leche, si este mata, y aquel roba.
Dioses que truxo hurtados
Del Danao fuego la piedad Troyana,
Fueron aqui hospedados
Con facil pompa en devocion villana.
Fue templo el bosque, los peñascos aras,
Victima el coraçon, los Dioses varas;
Y pobre, y comun fuego en estos llanos.
Los grandes Reynos de los dos hermanos.
A la sed de los bueyes
De Evandro fugitivo Tibre santo
Sirviò: despues los Consules, los Reyes,
Con sangre le mancharon,
Le crecieron con llanto
De los Reynos, que un tiempo aprifionaron;
Fue triunfo fuyo, y violos en cadena.
El Danubio y el Rheno,
Los dos Hebros, y el padre Tajo ameno,
Cano en la espuma, y roxo con la arena;
Y el Nilo, à quien han dado,

Con la santa verdad sincera, y pura:
Pues èl te ha de dexar, si no le dexas,
O te le ha de quitar la muerte dura.

Teniendo hechos de mar, nombre de rio,
No sin embidia, viendo que ha guardado
Su cabeza de yugo, y señorio,
Defendiendo ignorada.
La libertad, que no pudiera armada:
El que por siete bocas derramado,
Y de plata, y cristal hydra espumante,
Con siete cuellos hiere el mar sonante:
Sirviendo en el invierno, y el estio
A Egypto, ya de nube, ya de rio.
Quando en fertil licencia
Le trae dissimulada competencia,
Añudaron al Tybre cuello, y frente,
Puentes en lazos de alabastro puros,
Sobre peñascos duros,
Llorando tantos ojos su corriente,
Que aun parecen en campo de esmeralda
Las puentes Argos, y Pavon la espalda,
Donde muestran las fabricas, que lloras,
La fuerça, que en los pies llevan las horas,
Pues vencidos del tiempo, y mal seguros
Peligros son, los que antes fueron muros.
Que en siete montes circulo formaron,
Donde à la libertad de las Naciones
Carcel dura cerraron.
Trofcos, y blasones,
Que en arcos diste à leer à las estrellas,
Y no sè si à embidiar à las mas dellas.
O Roma generosa!
Sepultados se vèn, donde se vieron
Como en espejo los arcos.
En la corriente ondosa;
Tan embidiosos hados te siguieron;
Que el Tybre, que fue espejo à su hermosura,
Los dà en sus ondas llanto, y sepultura.
Y las puertas triunfales,
Que tanta vanidad alimentaron,
Oy ruinas desiguales,

Que ò sobraron al tiempo, ò perdonaron
 Las guerras, ya caducan, y mortales
 Amenazan, donde antes admiraron.
 Los dos rostros de Jano
 Burlaste, y en su templo, y ara à penas
 Ay yerva, que dè sombra à las arenas.
 Que primero adorò tanto Syrano,
 Donde antes huvo oraculos, ay fieras,
 Y descansadas de los altos templos,
 Buelven à ser riberas las riberas,
 Los que fueron Palacios, son exemplos,
 Las peñas que vivieron
 Dura vida con almas imitadas,
 Que parece que fueron
 Por Deucalion tiradas,
 No de ingenios à mano adelgazadas,
 Son troncos lastimosos,
 Robados sin piedad de los curiosos;
 Solo en el Capitolio perdonaste
 Las estatuas, y bultos, que hallaste:
 Y fue en tu condicion gran cortesia,
 Bien que à tal magestad se le devia.
 Allí del arte vi el atrevimiento,
 Pues Marco Aurelio en un cavallo, armado,
 El laurel en las sienes añudado,
 Osà pisar el viento,
 Y en el delgado camino, y sendas puras
 Hallan, donde afirmar sus erraduras.
 De Mario vi, y llorè desconocida
 La estatua, à su fortuna merecida:
 Vi en las piedras guardados
 Los Reyes, y los Consules passados:
 Vi los Emperadores,
 Dueños del poco espacio que ocupavan,
 Donde solo por señas acordavan,
 Que donde sirven oy fueron señores.
 O Coronas, ò Cetros Imperiales,
 Que fuistes en Monarcas diferentes
 Breve lisonja de sobervias frentes,
 Y rica adulacion en los metales,
 Donde dexastes ir los que os creyeron?
 Como en breves urnas se escondieron?

De sus cuerpos sabrà dezir la fama,
 Donde se fue, lo que sobrà à la llama?
 El fuego examinò sus Monarquias,
 Y yacen poco peso en urnas frias,
 Y visten (ved la edad quanto ha podido!)
 Sus huesos polvo, y su memoria olvido.
 Tu, no de aquella fuerte,
 Te dexas poseer, Roma gloriosa,
 De la embidiosa mano de la muerte:
 Escalòte feroz gente animosa,
 Quando del ansar de oro las parleras
 Alas, y los profeticos graznidos,
 Siendo mas admirados que creidos,
 Advirtieron de Francia las vanderas,
 Y en la guerra civil, en donde fuiste
 De ti misma teatro lastimoso,
 Siendo de sangre ardiente, que perdiste,
 Prodigas tu, y el Tybre caudaloso.
 Entonces disfamando tus bazañas,
 A tus propias entrañas
 Bolviste el hierro, que vengar pudiera
 La grande alma de Crafo, que indignada
 Fue en tu desprecio triunfo à gente fiera,
 Y ni està satisfecha, ny llorada.
 Despues quando embidiando tu sosiego
 Duro Neron diò musica à tu fuego;
 Y tu dolor fue tanto,
 Que pudo junto ser remedio el llanto,
 Abrasadas de el fuego sobre el rio,
 Torres lloviò en ceniza viento frio:
 Pero de las cenizas, que derramas
 Fenix renaces, parto de las llamas,
 Haziendo tu fortuna
 Tu muerte vida, y tu sepulcro cuna.
 Mientras, con negras manos atrevidas,
 Osò desañudar de sacras frentes
 Desdeñoso laurel, Palmas torcidas,
 Que fueron miedo sobre tantas gentes,
 Hurtò el Imperio, que nació contigo,
 Y diòle al enemigo;
 Mas tu, ò fuesse estrella enamorada,
 O Deidad celestial apassionada,

O en tu principio fuerça de la hora,
Naciste para ser Reyna, y señora
De todas las Ciudades.
En tu niñez te vieron las edades
Con rustico Senado,
Luego con justos, y piadosos Reyes,
Dueño del mundo dar à todos leyes.
Y quando pareció, que avia acabado
Tan grande Monarquia,
Con los Sumos Pontifices, gobierno
De la Iglesia, te viste en solo un dia.

Reyna del mundo, y Cielo, y del infierno.
Las Aguilas trocaste por la llave,
Y el nombre de Ciudad por el de Nave,
Los que fueron Nerones insolentes,
Son Pios, y Clementes.
Tu dispensas la gloria, tu la pena,
Dessotra parte de la muerte alcança,
Lo que el gran Successor de Pedro ordena.
Tu das aliento, y premio à la esperança,
Siendo en tan dura guerra
Gloriosa Corte de la Fè en la tierra.

S I L V A Q U I N T A .

Exortacion à una Nave nueva al entrar en el agua.

D Onde vàs, ignorante navecilla,
Que olvidando que fuiste un tiempo
haya,
Aborreces la arena desta orilla,
Donde te viò con ramos esta playa?
Y el mar tambien, que amenaçar la oña,
Sino mas rica, menos peligrosa.
Si fiada en el ayre, con èl buelas,
Y à las iras del pielago te arrojas,
Temo, que desconozca por las velas,
Que fuiste tu, la que movió con hojas,
Que es diferente ser estorvo al viento,
De servirle en la selva de instrumento.
Que codicia te dà Reyno inconstante,
Siendo mejor ser arbol, que madero,
Y dar sombra en el monte al caminante,
Que escarmiento en el agua al marinero?
Mira que à quantas olas oy te entregas,
Les das sobre ti imperio, si navegas.
No vès lo que te dicen effos leños,
Vistiendo de escarmientos las arenas,
Y aun en ellas, los hueffos de sus dueños,
Que muertos alcançaron tierra à penas?
Porque truecas las aves en pilotos,
Y el canto de ellas en sus roncòs botos?
O que te miedos te apareja ayrado

Con su espada Orion! y en sus centellas
Mas vezes te darà el Cielo nublado
Temores, que no luz con las estrellas,
Aprenderàs à arrepentirte en vano,
Hecha juego de el mar furioso, y cano.
Que pesos te previene tan estraños
La codicia del barbaro avariento!
Quanto fudor te queda en largos años!
Quanto que obedecer al agua, y viento!
Y al fin te verà tal la tierra luego,
Que te desprecie por sustento el fuego.
Tu, quando mucho à robos de un Milano
En tiernos pollos hecha peregrina,
Y esclava de un pirata, ò de un tirano,
Te haras de el rayo de Sicilia dina,
Y mas presto que piensas, si te alexas,
El puerto buscaràs, que aora dexas.
O que de vezes rota en las honduras
Del alto mar, agena de firmeza,
Has de echar menos tus raizes duras,
Y del monte la rustica aspereza!
Y con la lluvia te veràs de suerte,
Que en lo que te diò vida, temas muerte,
No embidies à los pezes sus moradas,
Mira el feno del mar enriquecido.

De tesoros, y joyas, heredadas
 Del codicioso mercader perdido;
 Mas vale ser sagaz de temerosa,
 Que verte arrepentida de animosa.
 Agradecete à Dios con retirarte,
 Que aprisionò los golfos, y el Tridente,
 Para que no saliesfen à buscarte;
 No seas quien le obligue inobediente,

A que nos encarcele en sus estrémos,
 Porque pues no nos buscan, los dexemos.
 No aguardes, que naufragios acrediten,
 A costa de tus jarcias, mis razones,
 Dexa que en paz sus campos los habiten
 Los nadadores mudos, los Tritones;
 Mas si de navegar estàs refuelta,
 Ya le prevengo llantos à tu buelta.

SILVA SEXTA.

Medicamentos enamorados. Es imitacion de Theocrito, y de Virgilio.

Que de robos han visto del invierno?
 Que de restituciones del verano,
 Este torzido Roble, y Mirto tierno?
 Y que de vezes Galafron hermano,
 De duro yelo en este claro rio
 Cristal artificioso labrò el frio?
 Embargò con carambanos invierno
 Su tributo à Pisuerga en varias fuentes,
 Salìo de entre las nubes Abril tierno,
 Dandoles libertad à las corrientes;
 Passaronse las breves horas frias,
 Y truxeron la sed los largos dias.
 Quiero à mis solas; Galafron amigo,
 Pues es sujeta à amor la Primavera,
 Usar de mis conjuros; sea testigo
 El monte, el valle, el llano, y la ribera:
 Aprovecharme quiero del encanto,
 Pues no aprovecha con Aminta el llanto.
 Aquella fuente clara te avezina,
 Y saludando el genio sacro de ella,
 Lavate en su corriente cristalina,
 Mirando siempre à Venus en su estrella;
 Que no turbes las aguas te aconsejo,
 Respetale à la Luna el blanco espejo.
 Traeme de aquellos myrtos verdes ramas,
 Arranca à Daphne sin piedad los braços;
 Que al pedernal, que es çarcel de las llamas,
 Yà con duro eslabon hago pedazos,
 Anfi de Aminta ingrata el amor ciego,
 Como yo desta piedra, saque fuego.

Afi como en el fuego esta verbena,
 Y esta raiz donde elcupiò la Luna
 Por resistirse al duro fuego, suena,
 Vencida de el calor sin fuerça alguna:
 Anfi se quexe ardiendo mi señora,
 Hasta que adore al triste que la adora.
 Y anfi como derramo al fresco viento
 Estas cenizas palidas, y frias,
 Anfi se esparça luego mi tormento.
 Anfi las penas, y las ansias mias,
 Y de el modo que inclinò à mi esta oliva,
 Anfi se incline à mi mi fugitiva.
 Con tres coronas de jazmin, y rosa,
 Tus aras, santo simulacro, adorno,
 Y tres vezes con mano licenciosa
 Cerco tu templo de verbena en torno;
 Tres vezes con afecto, y zelo pio
 A tus narizes humo sacro embio.
 Vès, que de incienso, y Arabes olores
 Preciosa nube esconde tu figura;
 Vès ante ti esparcidas estas flores,
 Que ojos fueron del prado, y su hermosura;
 No vès estos pavones, cuyas galas
 Desdoblan un verano en las dos alas?
 Poco me favoreces, llamar quiero
 A Ecate de el pueblo de las sombras:
 Y fino viene, al palido barquero,
 De quien negra deidad tu Reyno nombras,
 Pienso dexar la barca en fucia arena,
 Beber el Lethè, y olvidar mi pena.

Mas no quiero llamarla, à ti señora
 Venus, à ti me vuelvo, vuelve, y mira,
 Tan ciego de passion al que te adora,
 Que se arma contra ti de enojo, y ira :
 Buelve rifa del cielo, advierte blanda,
 Que obedezco à tu hijo, que me manda.
 Recibe, pues, no sea mi ruego vano,
 Honra de el mar al claro sol vezina,
 Este farro, este humilde don villano,
 Y nadando en la leche blanda arina ;
 Recibe el alma de este toro blanco ,
 Que à su pesar de el coraçon arranco.
 No me pesa de dartele, aunque veo,
 Que es el mejor de toda mi manada ,
 Mira con las guirnaldas, que rodeo
 Su frente de iras, y de ceño armada,
 Amante le heri, que no zeloso,
 No sè si de devoto, ò de embidioso.
 Doite estas golondrinas, tiernas aves,
 Estas simples palomas boladoras,
 Que contando los vientos ya fuaves,
 Que al pintado verano dan las horas,
 Con sus braços, y cuellos variados
 Vistieron estos ayres de mil prados.
 Esta viuda Tortola doliente ,
 Que perdiò sus arrullos con su amante ;
 Cogila haziendo ultrages à una fuente ,
 Por no ver sin su dueño su semblante :
 Siempre vivió sin èl en arbol seco ,
 Y nunca alegre voz la bolviò el Eco.
 Mira la vid, que à Baccho soberano
 La boca regalò, y honrò las fienes ,
 Como sirve de grillos en el llano
 A los pies de los olmos que mantienes ;
 Ay ! como los enlaza : ay si hiziesse
 Amor, que anfi mi Aminta me ciñesse !
 Toma, pues, Galafron estas guirnaldas
 De Adelpha, y Valerianas olorosas ,
 Y bueltas al arroyo las espaldas ,
 Dafelas à las aguas prefurosas :
 No vuelvas à mirarlas, mira, amigo ,
 Que estorvaràs los versos que las digo.

Id en paz (las diràs) ò prendas caras ,
 Quando en la orilla con la izquierda mano,
 Las encomiendas à las aguas claras ;
 Id en paz, caminando al Oceano ;
 Y estas urnas de plata daràs luego
 Al alma de la fuente por mi ruego.
 Y yo en tanto por hazer que me responda
 Ecate, forda siempre à mis gemidos,
 Quiero traer el Rombo à la redonda,
 Varios lazos en èl tengo texidos,
 Y con flores de Aproxo yerva fuerte,
 Me quiero hurtar yo mismo de la muerte :
 Quiero con esta yerva derribar del Cielo
 Entre espumas nevadas à la Luna ,
 Que forastera habite nuestro suelo,
 Y que encante sus plantas una à una,
 Que ya quantas Thessalia ha producido,
 Circunfcrive en un cerco mi gemido.
 Ven à mis ruegos facil, Reyna dura,
 Pues sabes lo que pido en este punto
 Si ayer antes de darle sepultura ,
 Mordriendole los labios à un difunto,
 Antes que el postrer yelo le cubriesse,
 Le murmurè un recado que te diessè.
 No son indignos de Pluton mis ruegos,
 Ni de aquel que el Infierno tiene encima ,
 A cuyo nombre en los Palacios ciegos
 No ay collado, ni monte que no gima ,
 Bastantemente con nefanda boca,
 Mi coraçon sus furias las invoca.
 No estoy ayuno, no, de sangre humana,
 Que este cuchillo negro en este vaso
 La llora, ò por mejor dezir, la mana ;
 Dudoso, y mal seguro traygo el passo,
 Que Baccho del cerebro dulce peso,
 Quanto la vista aumenta, mengua el seso.
 Dà fuerça, ò Luna, à las ofrendas mias,
 Anfi te ayude el son de las calderas
 En negras noches, y en los blancos dias
 Rebelde à los conjuros de echizeras,
 Sin nube passies por el cielo errante ,
 Dicha buena te alcance siendo amante.

Mas ay ! que en el silencio alto y profundo
 Por ciegas nubes en el carro clado,
 Te veo passar el sueño al otro mundo,
 Y el Ruyfénior al canto ha despertado,
 Ninguna voz doliente me ha ofendido,
 Dichoso agujero, y no esperado ha sido.
 Quien consultara en Limira los pezes!
 Pues puede tanto el yerro de un amante,
 Que les dà autoridad de ser juezes
 En caso al que yo lloro semejante:
 Quien los sagrados licios rebolviera,
 Y con ellos Profeta un plato hiziera!
 Mas visto he, Galafron, una paloma,
 Cierta señal que Citherea ayuda
 A la derecha mano el buelo toma,

Aminta se ablandò, quiere sin duda.
 O poderosa fuerza del encanto,
 Que tanto puedes, que has podido tanto!
 Vamonos, Galafron, à nuestra Aldea,
 Que ya las blancas horas traen al dia,
 Ya lo que nos diò miedo, nos recrea,
 Y el sol se vè nadar en agua fria,
 Las plantas con retratos aparentes
 A si mismas se engendran en las fuentes.
 Libre Pisuerga và del sueño fiero,
 Tan tardo, que parece que le pesa
 De llegar à perder su nombre à Duero:
 Ya el silencio mortal en todos cessa,
 Vamonos à la Aldea à ver si à caso
 Por mi se enciende el fuego en que me abraço.

SILVA SEPTIMA.

El Relox de arena.

Que tienes que contar, Relox molesto,
 En un soplo de vida desdichada,
 Que se passa tan presto?
 En un camino, que es una jornada
 Breve, y estrecha de este al otro Polo,
 Siendo jornada, que es un passo solo?
 Que si son mis trabajos, y mis penas,
 No alcançaràs allà, si capaz vaò.
 Fueses de las arenas,
 En donde el alto mar detiene el passo,
 Dexa passar las horas sin sentirlas,
 Que no quiero medirlas,
 Ni que me notifiqués de essa suerte
 Los terminos forçosos de la muerte,
 No me hagas mas guerra,
 Dexame, y nombre de piadosa cobra,
 Que harto tiempo me sobra,
 Para dormir debaxo de la tierra.

Pero si à caso por officio tienes,
 El contarme la vida,
 Presto descansaràs, que los cuidados
 Mal acondicionados,
 Que alimenta lloroso
 El coraçon cuitado, y lastimoso,
 Y la llama atrevida,
 Que amor, triste de mi, arde en mis venas!
 (Menos de sangre que de fuego llenas)
 No solo me aprefura
 La muerte, pero abreviame el camino:
 Pues con pie doloroso,
 Misero peregrino,
 Doy cercos à la negra sepultura,
 Bien sè, que soy aliento fugitivo,
 Ya sè, ya temo, ya tambien espero,
 Que he de ser polvo, como tu, si mucro:
 Y que soy vidro, como tu, si vivo.

SILVA OCTAVA.

Relox de Campanilla.

EL metal animado,
 A quien mano atrevida industriosa
 Secretamente ha dado
 Vida aparente, en maquina preciosa;
 Organizando atento
 Sonora voz à docto movimiento:
 En quien desconocido
 Espiritu secreto brevemente
 En un orbe ceñido,
 Muestra el camino de la luz ardiente;
 Y con rueda importuna
 Los trabajos del sol, y de la luna;
 Y entre ocasos, y Auroras
 Las peregrinaciones de las horas.
 Maquina en que el artifice, que pudo
 Contar passos al sol, horas al dia,
 Mostrò mas providencia, que offadia,
 Fabricando en metal dissimuladas
 Advertencias sonoras repetidas,
 Pocas vezes creidas,
 Muchas vezes contadas.
 Tu, que estàs muy preciado,
 De tener el mas cierto, el mas limado,
 Con diferente oido,

Atiende à su intencion, y à su sonido:
 La hora irrevocable, que diò, llora;
 Preven la que ha de dar, y la que cuentas,
 Lograla bien, que en una misma hora
 Te creces, y te ausentas,
 Si le llevas curioso,
 Atiendele prudente,
 Que los blasones de la edad desmiente,
 Y en traje de Relox llevas contigo
 De el mayor enemigo
 Espia desvelada, y elegante:
 A ti tan semejante,
 Que presumiendo de abreviar ligera
 La vida al sol, al cielo la carrera,
 Fundas toda esta maquina admirada
 En una cuerda enferma, y delicada;
 Que como la salud en el mas sano,
 Se gasta con sus ruedas, y su mano.
 Estima sus recuerdos,
 Teme sus defengaños,
 Pues executa plazos de los años;
 Y en el te dà secreto,
 A cada sol que passa, à cada rayo,
 La muerte un contador, el tiempo un ayo.

SILVA NONA.

*Al polvo de un amante, que en un Relox de vidrio servia de arena à Floris,
 que le abrasò.*

ESte polvo sin sosiego,
 A quien tal fatiga dan
 Vivo, y muerto amor, y fuego,
 Oy derramado, ayer ciego,
 Y siempre en eterno afan;
 Este fue Fabio algun dia,
 Quando el incendio queria,
 Que en polvo le desató.

Y en el vidro amortajò
 La ceniza nunca fria.
 A tal tormento tu amante
 Destinas, Floris traydora,
 Pues ya polvo caminante
 Corre el dia cada hora,
 Y la hora cada instante.
 Quitòle tu crueldad,

Dandole ansí monumento,
 Mal desmentida en piedad
 Con vidro, y con movimiento,
 Quietud, y seguridad.
 Relox es el que yo vi
 Idolatrar tus Auroras,
 Floris, quando me perdi,

No cuentes por él las horas,
 Sino sus penas por ti.
 O horrible beldad à quien
 Te mira, si arde tambien!
 Pues su penar eternizas;
 Y despues de las cenizas
 Vive aun, Floris, tu desden.

SILVA DECIMA.

El Relox de Sol.

VEs, Floro, que prestando la Arismetica
 Numeros à la docta Geometria,
 Los passos de la luz le quenta al dia?
 Vès por aquella linea bien fixada
 A su Meridiano, y à su altura,
 De el Sol la velocissima hermosura
 Con certeza espiada?
 Agradeces curioso
 El saber quanto vives,
 Y la luz, y las horas que recibes?
 Empero si olvidares estudioso,
 Con pensamiento ocioso
 El saber quanto mueres,

Ingrato à tu vivir, y morir, eres:
 Pues tu vida, si atiendes su doctrina,
 Camina al passo, que su luz camina,
 No quentes por sus lineas solamente
 Las horas, sino logrelas tu mente,
 Pues en èl recordada,
 Vès tu muerte en tu vida retratada;
 Quando tu, que eres sombra,
 Pues la santa verdad ansí te nombra,
 Como la sombra fuya, peregrino,
 Desde un numero en otro tu camino
 Corres, y passagero
 Te guarda sombra el numero postrero.

SILVA ONDECIMA.

Execracion contra el inventor de la Artilleria.

EN carcel de metal, ò atrevimiento,
 Que al Cielo, si es possible, dà cui-
 dado,
 Quieres encarcelar libre elemento,
 Aun en las nubes nunca bien atado?
 Al fuego que no sabe
 Obedecer, ni perdonar, te atreves?
 Al que en la mano sola de Dios cabe,
 Cerrar pretendes en clausuras breves?
 Como, di, de los rayos de el verano
 No aprendiste Tirano?
 Antes quieres solícito imitarle,

Sin ver que presumiendo de hazerle,
 Solo podrás llegar à merecerle.
 No te son escarmiento lastimoso
 Tantas cenizas, que Ciudades fueron?
 Tantas torres, que el viento derramò im-
 petuoso,
 Quando el Troyano muro, y Roma ardie-
 ron?
 De la diestra de Dios omnipotente
 Dexa solo tratarse el fuego ardiente,
 Ministro de sus iras và delante
 De su faz radiante,

Llevan-

Llevando sus castigos
 A todos los que son sus enemigos.
 No ves, que es su grandeza
 Tal, que naturaleza
 Le dió como à Monarca de elementos
 Los ultimos asientos,
 Y que en su llama, entonces justiciera,
 El dia postrero espera?
 Dexa, pues, las prisiones que le trazas,
 No le desprecies ignorante, y ciego
 Tan duras amenazas;
 Jamàs se conversò con hombre el fuego,
 En èl ninguno vive,
 Y del quanto ay acà vida recibe.
 Peregrina la tierra
 Con la perpetua servidumbre ufana,
 De quanto el mundo encierra,
 Que ella la planta humana
 Respeta por el peso mas honroso
 Al alto mar furioso,
 Enseñase à sufrir selvas enteras,
 Su paciencia exerciten las galeras,
 Y en las horas ardientes
 En vengança del sol bebe las fuentes,
 Y el pueblo de los rios
 Imita en resbalar sus campos frios,
 Y por sendas estrañas,
 Servicial à tu vida,
 Liquida medicina à tus entrañas,
 Con suceffiva diligencia el viento
 La parte mas oculta, y escondida
 Visite nuevo alivio al calor lento.
 Estos cortesès elementos trata

Blando aire, tierra humilde, mar de plata,
 Las sobervias del fuego reverencia,
 Y teme su inclemencia.
 De hierro fue el primero,
 Que violentò la llama
 En concavo metal, maquina inmensa;
 Fue mas que todos fiero,
 Indigno de las voces de la fama.
 Este burlò à los muros su defenfa,
 Este à la muerte negra lisongero,
 La gloria de el valiente diò al certero,
 Quitò el precio à la diestra, y à la espada,
 Y à la vista seguro diò la gloria,
 Que antes ganò la sangre aventurada:
 La polvora se alçò con la victoria,
 Della los Reyes son, y los tiranos,
 Yà matan mas los ojos, que las manos,
 Y con ser quantas vidas goza el suelo,
 Merced del fuego, coraçon del cielo,
 Despues que à su pesar el bronce habita,
 Mas vidas que dà, quita.
 Dexa, no folicites
 Las impaciencias de la llama ardiente:
 Y al potro inobediente,
 Que el ardor dissimula, no le incites,
 Derribarà la torre, y la muralla,
 Vencerà la batalla,
 Y dexarà burladas
 Mil confianças de armas bien templadas,
 Serà la gloria fuya,
 Suya serà tambien la valentia,
 Y solo la offadia,
 Y la malicia quedará por tuya.

SILVA XII.

*à los huesos de un Rey, que se hallaron en un sepulcro, ignorandose, y se
 conociò por los pedazos de una Corona.*

Estas que veis aqui pobres, y escuras
 Ruinas desconocidas,
 Pues aun no dàn señal de lo que fueron,

Estas piadosas piedras mas que duras,
 Pues del tiempo vencidas,
 Borradas de la edad enmudecieron,

Letras en donde el caminante junto
 Leyò, y piò sobervias del difunto.
 Estos gueffos sin orden derramados,
 Que en polvo hazañas de la muerte escrivien,
 Ellos fueron un tiempo venerados
 En todo el cerco que los hombres viven.
 Tuvo cetro temido
 La mano, que aun no muestra averlo sido,
 Sentidos, y potencias habitaron
 La cavidad, que vès sola, y desierta,
 Su sèssò altos negocios fatigaron;
 Y verla agora abierta
 Palacio, quando mucho ciego, y vano,
 Para la ociosidad de vil gusano,
 Y si tan baxo huesped no tuviere,
 Horror tendrà que dar al que la viere.
 O, muerte, quanto mengua en tu medida
 La gloria mentirosa de la vida!
 Quien no cupo en la tierra, al habitalla,
 Se busca en siete pies, y no se halla,
 Oy al que pisò el oro por perderle,
 Mal agujero es pifarle, miedo verle,
 Tu confieffas severa solamente,
 Quanto los Reyes son, quanto la gente;
 No ay grandeza, hermosura, fuerça ò arte,
 Que se atreva engañarte,
 Mira esta Magestad, que persuadida
 Tuvo à la eternidad la breve vida,
 Como aqui en tu presencia
 Haze en su confession la penitencia;
 Muere en ti todo quanto se recibe,
 Y solamente en ti la beldad vive,
 Que el oro lisongero siempre engaña
 Alevoso tirano al que acompaña.
 Quantos que en este mundo dieron leyes,
 Perdidos de sus altos monumentos,
 Entre surcos arados de los buyes
 Se ven! y aquellas purpuras que fueron.
 Mirad aqui el terror, à quien sirvieron,
 Respetò el mundo necio,
 Lo que cubre la tierra con desprecio,
 Ved el rincon estrecho que vivia

La alma en prision obscura, y de la muerte
 La piedad, si se advierte,
 Pues es merced la libertad, que embia.
 Id, pues, hombres mortales,
 Id, y dexaos llevar de la grandeza,
 Y emulos à los tronos celestiales,
 Vuestra naturaleza
 Desconoced, dad credito al tesoro,
 Fundad vuestras sobervias en el oro.
 Cuestele vuestra gula desbocada
 Su pueblo al mar, su habitacion al viento,
 Para vuestro contento
 No crie el Cielo cosa reservada,
 Y las armas continuas, por hazerlas
 Famosas, y por gloria de vestirlas,
 Os maten mas soldados con sufrirlas,
 Que enemigos despues con padecerlas.
 Solicidad los mares,
 Para que no os escondan los lugares,
 En donde prozelosos
 Amparan la inocencia
 De vuestra peregrina diligencia,
 En parte Religiosos,
 Tierra, que oro posea,
 Sin mas razon, vuestra enemiga sea;
 No sepan los dos polos playa alguna,
 Que no os parle por ruegos la Fortuna.
 Sirva la libertad de las naciones
 Al titulo ambicioso en los blafones,
 Que la muerte advertida, y veladora,
 Y recordada en el mayor olvido,
 Traida de la hora,
 Presta vendrà con passo enmudecido,
 Y herencia de gusanos
 Harà la possession de los tiranos.
 Vivo en muerte lo muestra
 Este que frenò el mundo con la diestra;
 Acuèrdase de todos su memoria,
 Ni por respeto dexarà la gloria
 De los Reyes tiranos,
 Ni menos por desprecio à los villanos.
 Que no està predicando

Aquel, que tanto fue, y agora à penas
 Defiende la memoria de aver sido,
 Y en nuevas formas và peregrinando,

Del alta Magestad que tuvo ajenas?
 Reyna en ti propio, tu que reynar quieres,
 Pues Provincia mayor que el mundo eres.

S I L V A X I I I .

A Roma antigua, y moderna.

E Sta que miras grande Roma agora,
 Huesped, fue yerva un tiépo, fue collado,
 Primero apacentò pobre ganado,
 Ya del mundo la vès Reyna, y Señora,
 Fueron en effos Atrios Lamia, y Flora,
 De unos admiracion, de otros cuidado;
 Y la que pobre Dios tuvo en el prado,
 Deidad excelsa en alto Templo adora.
 Jove tronò desde desnuda peña,
 Donde se vèn subir los chapiteles
 A sacarle los rayos de la mano:
 Lo que primero fue rica desdeña,
 Senado rudo, que vistieron pieles,
 Dà ley al mundo, y peso al Oceano.
 Quando nació, la dieron
 Muro un arado, Reyes una loba,
 Y no desconocieron
 La leche, si este mata, y aquel roba.
 Dioses, que traxo hurtados
 De el Danao fuego la piedad Troyana,
 Fueron aqui hospedados
 Con facil pompa en devocion villana.
 Fue Templo el bosque, y los peñascos aras,
 Víctima el coraçon, los Dioses varas;
 Y pobre, y comun fuego en estos llanos,
 Los grandes Reynos de los dos hermanos.
 A la sed de los bueyes
 De Evandro fugitivo Tibre santo
 Sirviò, despues los Consules, los Reyes,
 Con la sangre le mancharon,
 Le crecieron con llanto
 De los Reynos, que un tiempo aprisionaron.
 Fue triunfo suyo, y violos en cadena,
 El Danubio, y el Rheno,

III. PAUSE.

Los dos Ebros, y el padre Tajo anciano,
 Cano en la espuma, y roxo con la arena,
 Y el Nilo, à quien han dado,
 Teniendo hechos de mar nombre de rio,
 No sin embidia viendo que ha guardado
 Su cabeça de yugo en señorio,
 Defendiendo ignorada
 La libertad, que no pudiera armada,
 El que de siete bocas derramado,
 Le trae dissimulada competencia,
 Anudaron al Tibre cuello, y frente,
 Puentes en lazos de alabastrós puros,
 Sobre peñascos duros,
 Llorando tantos ojos su corriente,
 Que aún parecen en campos de esmeralda
 Argos las puentes, y Pavon la espalda,
 Donde muestran las fabricas que lloras,
 La fuerça que en los pies llevan las horas;
 Pues vencidos del tiempo, y mal seguros,
 Peligros son, los que antes fueron muros,
 Que en siete montes circulo formaron,
 Donde à la libertad de las naciones
 Carcel dura cerraron:
 Trofeos, y blasones,
 Que en arcos diste à ver à las estrellas,
 Y no sè si à embidiar à las mas dellas:
 O Roma generosa,
 Sepultados se vèn donde se vieron,
 En la corriente undosa:
 Tan embidiosos hados te siguieron;
 Que el Tybre, que fue espejo à tu hermosura,
 Les dà en sus ondas llanto, y sepultura.
 Y las puertas triunfales,
 Que tanta vanidad alimentaron,

N n n

Rui-

Ruinas desiguales,
 Que sobraron al tiempo, ò perdonaron
 Las guerras, ya caducas, y mortales,
 Amenazan donde antes admiraron.
 Los dos rostros de Jano
 Burlaste, y en su templo, ya, ni à penas
 Ay yerva, que dè sombra à las arenas,
 Que primero adorò tanto tirano.
 Donde antes hubo oraculos, ay fieras,
 Y descansadas de los altos templos,
 Buelven à ser riberas las riberas,
 Los que fueron Palacios son exemplos,
 Las peñas que vivieron
 Dura vida con almas imitadas,
 Que parece que fueron
 Por Deucalion tiradas,
 No de ingeniosa mano adelgacadas,
 Son troncos lastimosos,
 Robados sin piedad de los curiosos:
 Solo en el Capitolio perdonaste
 Las estatuas, y bultos que hallaste,
 Y fue en tu condicion gran cortesia,
 Bien que à tal Magestad se le devia.
 Allí delante vi el atrevimiento,
 Pues Marco Aurelio en un cavallo armado
 El laurel en las sienas anudado,
 Ossa passèar el viento,
 Y en delgado camino, y sendas puras
 Hallan donde pisar las herraduras.
 De Mario vi, y llorè desconocida.
 La estatua à su fortuna merecida:
 Vi en las piedras guardados
 Los Reyes, y los Principes passados:
 Vi los Emperadores
 Dueños del breve espacio que ocupavan,
 Donde solo por señas acordavan,
 Que donde sirven oy, fueron señores.
 O Coronas, ò Cetros Imperiales,
 Que fuisteis en Monarcas diferentes.
 Breve lifonja de sobervias frentes,
 Y rica adulacion de los metales,
 Donde dexasteis ir los que os creyeron?

Como en tan breves urnas se escondieron?
 De sus cuerpos sabrà dezir la fama,
 Donde se fue lo que sobrà à la llama?
 El fuego examinò sus Monarquias,
 Y yazen poco peso en urnas frias,
 Y visten (ved la edad quanto ha podido)
 Sus cuerpos polvo, y su memoria olvido.
 Tu, no de aquella fuerte
 Te dexas poseer Roma gloriosa
 De la embidiosa mano de la muerte.
 Escálate feroz gente animosa,
 Quando el anfar de oro las parleras.
 Alas, y los profeticos graznidos,
 Siendo mas admirados que creidos,
 Admitieron de Francia las vanderas,
 Y en la guerra civil, adonde fuiste,
 De ti milma teatro lastimoso,
 Siendo de sangre ardiente, que perdiste,
 Prodigas tu, y el Tybre caudaloso:
 Entonces disfamando tus hazañas.
 A tus propias entrañas,
 Bolviste el hierro, que vengar pudiera
 La gran alma de Craffo, que indignada
 Fue en tu desprecio triunfo à gente fiera,
 Ni estava fatisfecha, ni llorada.
 Despues quando embidiando tu soffiego,
 Duro Neron diò musica à su fuego,
 Y tu dolor fue tanto,
 Que pudo junto ser remedio el llanto.
 Abraçadas de fuego sobre el rio
 Torres llovid en cenizas viento frio;
 Pero de las cenizas que derramas
 Fenix renaces, parto de las llamas,
 Haziendo su fortuna,
 Tu muerte vida, y su sepulcro cuna.
 Mientras con negras manos atrevidas
 Osò defanudar de sacras frentes
 Desdeseño laurel, palmas torcidas,
 Que fueron miedo sobre tantas gentes,
 Hurtò el imperio, que nació contigo,
 Y diolo al enemigo.
 Mas tu, ora fuesse estrellada,

O Deidad celestial apassionada,
 O en tu principio fuerza de la hora,
 Naciste para ser Reyna, y señora
 De todas las Ciudades.
 En tu niñez te vieron las edades
 Con rustico Senado,
 Luego con justos, y piadosos Reyes,
 Dueño del mundo dar à todos leyes:
 Y quando pareció que avia acabado
 Tan grande Monarquia
 Con los Sumos Pontifices, gobierno
 De la Iglesia, te hiziste, en solo un dia,

Reyna del mundo, el cielo, y el infierno.
 Las Aguilas trocaste por la llave,
 Y el nombre de Ciudad por el de nave;
 Los que fueron Nerones insolentes
 Son Pios, y Clementes.
 Tu dispones la gloria, tu la pena,
 Dessotra parte de la muerte alcança,
 Lo que el gran sosiego de Pedro ordena.
 Tu das aliento, y gloria à la esperança,
 Siendo en tan dura guerra,
 Gloriosa Corte de la Fè en la tierra.

S I L V A XIV.

A un ramo, que se desgajò con el peso de su fruta.

D E tu peso vencido,
 Verde honor del verano,
 Jazes en este llano,
 Del tronco antiguo, y noble desafido,
 Dando vengança estàs de ti à los vientos,
 Cuyas liquidas iras despreciavas,
 Quando de ellos con ellas murmuravas,
 Imitando à mis queexas los acentos.
 Humilde agora entre las yervas suenas,
 Cosa que de tu altura
 Nunca temer pudieron las arenas,
 Y ofendida de el tiempo tu hermosura,
 Ocupa en la ribera
 El lugar, que ocupò tu propria sombra:
 Menos gastos tendrà la Primavera
 En vestir este valle,
 Despues que faltas à su verde alfombra:
 Que hará el gilguero dulce quando halle
 Su patria con tus hojas en el suelo?
 Y la parlera fuente,
 Que aun ignorante de prision de yelo,
 Effenta de la sed de el sol corria?
 Sin duda llorará con su corriente

La licencia que has dado en ella al dia,
 Tendrà un retrato menos
 Pisuerga, que mostrar al caminante
 En sus cristales puros.
 Qualquier paxaro amante,
 Desiertos dexará tus braços duros,
 Y vengo à poner duda,
 Si para que te habite en llanto tierno,
 A la Tortola hasta el ser viuda.
 Y porque tengo miedo, que el invierno
 Pondrà necesidad à algun villano,
 Tal que se atreva con ingrata mano
 A encomendarte al fuego:
 Yo te quiero llevar à mi cabaña,
 Por lo que mi cansancio estando ciego,
 A tu sombra le deve.
 Descansaràs el baculo de caña
 Con que mi vida tristes años mueve;
 Y ojalà que yo fuera
 Rey, como soy pastor de la ribera,
 Que cetro antes que baculo cansado,
 No canas sustentaras, sino estado.

Amante, que buelue à ver la fuente de donde se ausentiò.

A Qui la vez postrera,
 Vi, fuente clara, y pura, à mi señora
 De este verde ribera
 Reverenciada por Diana, y Flora;
 Aqui diò à mi partida
 Lagrimas de piedad en largo llanto:
 Aqui al dexarla mi dolor fue tanto,
 Que mostrò el coraçon dudosa vida:
 Aqui me apartè de ella
 Con passo divertido, y pies inciertos,
 Heme hurtado à mi estrella,
 Buelvo à la soledad de estos desiertos,
 Todos los veo mudados,
 Y los troncos, que un tiempo llamè mios,
 De sus tiernas niñezes olvidados,
 Huyendo de mirarse en estos rios,
 Que los figuran viejos
 En el agua aborrecen los espejos.
 No ya como solia,
 Halla en las ramas al baxar al llano,
 Verdes estorvos el calor del dia;
 Muy de passò visita aqui el verano,
 Los troncos ya desnudos
 Sepultados en ocio yazen mudos
 De este monte à los ecos,
 Y à las deidades santas,
 La araña sucediò en los robles huecos.
 Rocas pisadas de mortales plantas
 Fatigan esta arena,
 Mucho le debes fuente à la verbena,
 Que sola te acompaña,
 Que pobre de agua tu corriente baña
 La tierra, que diò flores, y dà abrojos!
 Como se hecha de ver en tus cristales.
 La falta de el tributo de mis ojos.
 Que los hizo crecer en rios caudales,
 En que de partes de tu margen veo

Polvo, donde mi sed hallò recreo,
 Ya no te queda, fuente, otra esperança,
 Tras prolija tardança,
 De cobrar tu corriente, y su grandeza,
 Sino la que te doy con mi tristeza,
 De aumentarte llorando,
 Por no saber de Aminta mi enemiga;
 Dimelo fuente amiga,
 Pues lo vas con tus guijas murmurando:
 Que si interès de lagrimas te obliga,
 No escusarè el verterlas por hallarla.
 Ya me viste gozarla,
 Y en medio del amor con mil temores,
 Llorar mas que la Aurora en estas flores.
 No me tengas secreto
 Esto que te pregunto, y te prometo
 De hurtarte al sol à fuerça de arboleda,
 Y de hazer, que te ignore
 Sed, que no fuere de divinos labios;
 Y de que bruto, y torpe pie no pueda,
 Mientras el sol la seca margen dora
 Hazer à tu cristal turbios agravios,
 Darte he por nacimiento,
 No qual naturaleza dura roca,
 Mas en marfil de un Satyro la boca,
 Que muestre estar de ti siempre sediento.
 Escrivirè en tu frente
 Tal ley al caminante:
 No llores, si estàs triste, vè adelante;
 Que de los desdichados solamente
 Glauro puede llorar en esta fuente,
 Y si sed de el camino
 Te obligare à beber, ò Peregrino,
 Mira que estas corrientes
 Despues que fueron dignas de los dientes
 De Aminta, han despreciado
 Qualquier labio mortal. No seas ofiado

A obligarlas à huir; ay ! no lo creas,
 Quando otro nuevo Tantaló te veas.
 Tras esto le darè verdes guirnaldas
 Al Satyro del robo destas faldas :
 Y à ti mil joyas del tesoro mio ,

Con que grangees las ninfas de tu rios
 De fuerte, que en mis dadivas y votos,
 Conozcan mares grandes,
 Quando escondida entre sus fenos andes,
 Que tiene tu Deidad acà devotos.

S I L V A X V I .

Hymno à las Estrellas.

A Vosotras, estrellas,
 Alça el buelo mi pluma temerosa
 Del pielago de luz ricas centellas ;
 Lumbres, que enciende triste, y dolorosa
 A las exequias del difunto dia,
 Guernana de su luz la noche fria !
 Exercito de oro ,
 Que por campañas de zafir marchando,
 Guardais el trono del eterno coro
 Con diversas esquadras militando,
 Argos divino de cristal, y fuego,
 Por cuyos ojos vela el mundo ciego,
 Señas esclarecidas,
 Que con llama parlera, y eloquente,
 Por el mudo silencio repartidas,
 A la sombra servis de voz ardiente,
 Pompa que dà la noche à sus vestidos,
 Letras de luz, misterios encendidos.
 De la tiniebla triste
 Preciosas joyas, y del sueño elado
 Galas, que en competencia de el sol viste;
 Espias del amante recatado,
 Fuentes de luz para animar el suelo,
 Flores luzientes del jardin del Cielo.
 Vosotras de la Luna
 Familia relumbrante, Ninfas claras,
 Cuyos passos arrastran la Fortuna,
 Con cuyos movimientos muda caras,
 Arbitros de la paz, y de la guerra,
 Que en ausencia del sol regis la tierra.
 Vosotras de la suerte

Dispensadoras luzes tutelares,
 Que dais la vida, que acercais la muerte,
 Mudando de semblante, de lugares ;
 Llamas, que hablais con doctos movimientos,
 Cuyos tremulos rayos son acentos.
 Vosotras, que enojadas
 A la sed de los surcos, y sembrados,
 La bebida negais, ò ya abrasadas
 Dais en ceniza el pasto à los ganados,
 Y si mirais benignas, y clementes,
 El Cielo es labrador para las gentes.
 Vosotras, cuyas leyes
 Guarda observante el tiempo en toda parte,
 Amenazas de Principes, y Reyes,
 Si os aborta Saturno, Jove, ò Marte,
 Ya fixas vais, ò ya lleveis delante
 Por lubricos caminos gresia errante.
 Si amasteis en la vida,
 Y ya en el firmamento estais clavadas,
 Pues la pena de amor nunca se olvida,
 Y aun suspirais en signos transformadas,
 Con Amarilis ninfa la mas bella,
 Estrellas ordenad, que tenga estrella,
 Si entre vosotras una
 Mirò sobre su parto, y nacimiento,
 Y della se encargò desde la cuna,
 Dispensando su accion, su movimiento:
 Pedidla, estrellas, à qualquier que sea,
 Que la incline si quiera à que me vea.
 Yo en tanto defatado
 En humo rico aliento de Pancaya,

Harè que peregrino, y abrasado
 En busca vuestra por los ayres vaya;
 Recatarè del sol la lyra mia,
 Y empearè à cantar muriendo el dia.
 Las tenebrosas aves,

Que el silencio embaraçan con gemido,
 Bolando torpes, y cantando graves
 Mas agujeros, que tonos al oido,
 Para adular mis ansias, y mis penas,
 Y à mis Musas feràn, y à mis sirenas.

SILVA XVII.

El yelmo de Sigura de la Sierra, monte muy alto al Austro.

O Sea, que olvidado,
 O incredulo del caço sucedido,
 O mal escarmentado,
 O peñasco atrevido,
 Llevas à las estrellas frente oflada
 De ceño, y de carambanos armada.
 Debaxo de ti truena,
 Que respeta tus cumbres el verano,
 Y alla en tus faldas suena
 Lluvioso invierno cano,
 Y donde eres al cielo cama dura,
 Dàs à Guadalquivir cuna en Sigura.
 Por de mas alto buelo
 Te codiciará el Aguila gloriosa,
 Pues arrimado al Cielo,
 Lo que no pudo el Ossa,
 Sobre Olimpo nos muestras por momentos
 Las determinaciones de los vientos.
 Escondes à la vista
 El yelmo, con que Jupiter tonante
 Armado en la conquista,
 Sino te viò triunfante,
 Te viò valiente, y animoso, y vemos,
 Que oy le arriman escalas tus extremos,
 Coronado de pinos
 El cerco blanco de la luna en ramas,
 Y en los Astros divinos,

Que son etereas llamas,
 Te enciendes, perturbar antiguas pazes,
 Y al Cielo vezindad medrosa hazes.
 Son parto de tus peñas
 Mundo, y Guadalquivir, famosos rios,
 Y luego los despeñas
 Por altos montes frios,
 De tan sobervios, y asperos lugares,
 Que parece que llueves, los que pares.
 Baxa recién nacido
 Guadalquivir, y llega tan cansado,
 Que le vè encanecido
 En su niñez el prado,
 Con la espuma que haze, y con la nieve,
 Por duros cerros resbalando leve.
 Ceñido en breve orilla
 Llega à tomar el cetro de los rios,
 Y en cercando à Sevilla,
 Le coronan navios;
 Por ser tan noble su primera fuente,
 Que es de los cielos alto descendiente.
 Con passos perezosos
 Al mar camina, como vâ à la muerte,
 Y en senos procelosos
 Por tributo se vierte,
 Donde yaze de el golfo respetado
 Por lo que en el Belisa se ha mirado.

S I L V A XVIII.

Cancion: El Escarmiento.

OTu, que inadvertido peregrinas
 De ofiádo monte cumbre desdeñofas,
 Que igualmente vezinas
 Tienen à las estrellas sospechosas,
 O ya confuso vayas
 Buscando el Cielo, que robustas hayas
 Te esconde en las hojas,
 O la alma aprisionada de congoxas
 Alivies, y consueles,
 O con el vario pensamiento bueles
 Delante desta peña tosca y dura,
 Que de naturaleza aborrecida
 Embidia de aquel prado la hermosura,
 Deten el passo, y tu camino olvida,
 Y el nuevo intento, que te arrastra, dexa,
 Mientras vivo escarmiento te aconseja.
 En la que escura vès cueva espantosa,
 Sepulcro de los tiempos, que han passado,
 Mi espíritu reposa,
 Dentro en mi proprio cuerpo sepultado:
 Pues mis bienes perdidos
 Solo han dexado en mi fuego, y gemidos,
 Vitorias de aquel ceño,
 Que con la muerte me librò del sueño
 De bienes de la tierra,
 Y gozo blanda paz tras dura guerra.
 Hurtado para siempre à la grandeza,
 Al embidioso polvo Cortesiano,
 Al iniquo poder de la riqueza,
 Al lisongero adulador tirano.
 Dichoso yo, que fuera de este abismo,
 Vivo me soy sepulcro de mi mismo,
 Estas mojadadas, nunca enjutas ropas,
 Estas no escarmentadas, y desechas
 Velas, proas, y popas,
 Estos hierros molestos, estas flechas,
 Estos lazos, y redes,

Que me visten de miedo las paredes,
 Lamentables despojos,
 Desprecio del naufragio de mis ojos,
 Recuerdos despreciados,
 Son para mas dolor bienes passados.
 Fue tiempo que me viò quien oy me llora
 Burlar de la verdad, y escarmiento,
 Y ya, quierelo Dios, llegò la hora,
 Que devo mi discurso à mi tormento;
 Ved como, y quan en breve el gusto acaba,
 Pues suspira por mi quien me embidiava.
 Aun à la muerte vine por rodeos,
 Que se haze de rogar, ò da sus vezes.
 A mis propios deseos,
 Mas ya que son mis defengaños juezes,
 Aqui solo conmigo
 La angosta senda de los sabios figo,
 Donde gloriosamente
 Desprecio la ambicion de lo presente.
 No lloro lo passado,
 Ni lo que ha de venir me dà cuidado,
 Y mi loca esperanza siempre verde,
 Que sobre el pensamiento volò ufana,
 De puro vieja aqui su color pierde,
 Y blanca puede estar de puro cana,
 Aqui del primer hombre despojado,
 Descanso ya de andar de mi cargado.
 Estos que han de beber, fresnos hojosos
 La roxa sangre de la dura guerra,
 Estos holmos hermosos,
 A quien esposa vid abraça, y cierra
 De la sed de los dias,
 Guardan con sombras las corrientes frias;
 Y en esta dura sierra
 Los agradecimientos de la tierra
 Con mi labor cansada,
 Me entretienen la vida fatigada.

Orpheo del aire el Ruyfeñor parece,
 Y ramillete musico el gilguero,
 Consuelo aquel en su dolor me ofrece,
 Este animal se muestra lisongero,
 Duermo por cama en este suelo duro,
 Si menos blando sueño, mas seguro;
 No sollicito el mar con remo, y vela,
 Ni temo al Turco la ambicion armada,
 No en larga centinela
 Al sueño inobediente con pagada
 Sangre, y salud vendida,
 Soy por un pobre sueldo mi homicida;
 Ni à fortuna me entrego
 Con la codicia, y la esperança ciego,
 Por acabar diligente
 Los peligros precisos de el Oriente,
 No de mi gula amenaçada vive
 La Fenix en Arabia temerosa,
 Ni à ultrage de mis leños apercibe
 El mar su inobediencia peligrosa,
 Vivo como hombre, que viviendo muero,
 Por desembaraçar el dia postrero,
 Llenos de paz serena mis sentidos,
 Y la Corte del alma fofsegada,
 Sujetos, y vencidos
 Appetitos de ley desordenada
 Por limite à mis penas,

Aguardo que defate de mis venas
 La muerte prevenida
 La alma, que anudada està en la vida,
 Dissimulando horrores
 A esta prision de miedos, y dolores,
 A este polvo sobervio, y presumido
 Ambiciosa ceniza, sepultura
 Portatil, que conmigo la he traído,
 Sin dexarme contar hora segura,
 Naci muriendo, y he vivido ciego,
 Y nunca al cabo de mi muerte llego.
 Tu, pues, ò caminante, que me escuchas,
 Si pretendes salir con la victoria
 Del monstro con quien luchas,
 Haràs que se adelante tu memoria
 A recibir la muerte,
 Que obscura, y muda viene à deshazerte.
 No hagas de otro caso,
 Pues se huye la vida passo à passo;
 Y en mentidos placeres,
 Muriendo naces, y viviendo mueres.
 Cansate, ya, ò mortal, de fatigarte
 En adquirir riquezas, y tesoro,
 Que ultimamente el tiempo ha de heredarte,
 Y al fin te dexaràn la plata, y oro;
 Vive para ti solo, si pudieres,
 Pues solo para ti si mueres, mueres.

S I L V A XIX.

Muere infeliz, y ausente Zoilo.

VOyme por altos montes passo à passo,
 Llorando mis verdades,
 Que el fuego ardiente, y dulce en que me
 abraço,
 Solo le fio destas soledades:
 De donde nace à cada pie que nuevo,
 De antiguo amor un pensamiento nuevo.
 Dexa de mormurar, ò clara fuente,
 Y tu famoso rio
 Castigas la sobervia de Mimante;

Tu Etna, que en incendios defatado
 Dàs magnifico tumulto al Gigante,
 Todos con tantas llamas como penas,
 Mirad vuestros volcanes en mis venas.
 O vosotros, que en puntas desiguales
 Ceño del mundo sois, Alpes sombríos,
 Que amenaçais sobervios los umbrales
 De la corte del fuego siempre frios:
 O Caucaço vestido de cristales,
 Y Pirineos padres de los rios,